

“La lluvia de Vilcún”

La lluvia cae en Vilcún y los niños la miran durante diez o quince años.

ven pasar por las cunetas abarrigadas a los últimos juguetes de la infancia,
pero no van tras ellos ya;

la premura ha caído muerta
allá
lejos
en el fondo.

los deseos se van por la corriente fría, ahíos de aguas grises.

desapresuradas y furiosas
las aguas van llenando el mar de gritos,
un grito lleno de mares de mares de mares,
remolino de agua fría,
muerte de cuerpos verdes amados por profundidades fecundas,
boca verde y verde el corazón que ha penetrado un musgo lentamente.

emerge un cuerpo lento del agua,
son los ojos de un niño que no entiende su muerte,
en su sueño capitanea un barco hecho de la pata de un caballo,
su timón es de quimeras fluviales,
a veces el esqueleto de un pajarraco azulejo se sacude contra él
y lo llena de secretos.
la pluma de un penacho indio decora su frente descarnada
y el olor que se desprende de su cuerpo hinchado llega a la orilla de pobres arenas,
invita a la extraña mirada profunda...
a lo lejos...islas inefables, carabelas de juguete,
y la muerte que invita a los niños conocer el mar.

“Réplica o súplica”

Un ruido,

Algo asustó a las palomas negras que dormían en mis manos,

Eso es todo.

Se habrán posado ahora en los alambres eléctricos de la luna,
O en los capiteles altos donde la batalla olvidó a un viejo centinela de pana verde,

No es nada. Ya no dormiré ahora.

Llegarán las altas horas del abandono,
mis manos huesudas y sin sombras se alargan a copular con sus males viejos,
inermes sismos mentales de devastación
tumbando figurines de porcelanicrón,
payasitos enlutados,
Gifinas sin rostro,
retratos hechos niebla en la opacidad de la noche,

Mis ojos miran una faz de lirio surgiendo sin gestos,
en las esquinas narcotizadas del cuerpo siento crecer un bosque que temo,
el bosque oloroso de mis miedos lentos,
la faz de lirio que me mira apretando con sus raíces el musgo inerme,
un rostro que ya no puedo ver en mis sueños
y en la vigilia es solo espejo y cara.

Pero sabe volver a la hora,
y vuelve a habitar en mí la piel inmóvil,
vuelve con raíces cada vez más profundas hacia adentro,
su silencio me matará sino me duermo.

Ahora vuelven las palomas negras,
estoy buscándolas y ya vienen volando
tumbándolo todo hacia el río lento de la noche,

Que suena...
Y que a veces es bueno.
Y que a veces no tanto.

Jabri Dionisio

La piel onírica

Se trata de tocar la piel con tus ojos, con los míos, a veces lo logro en estas imágenes, la luz del realismo en la piel de carbón, de lápiz, con un borrador suave, quiero representar la realidad fiel al sueño de esa imagen engendrada desde los abismos llanos del inconsciente. Trato de tocar tu piel con los ojos, y así desvanecerme de placer, trato de tocar lo que debajo de la piel existe, trato de dar forma a lo maravilloso, en su piel se ve el trabajo, en la forma iluminada, en la iluminación venida de quien sabe dónde, la luz de la lámpara esculpiendo el carbón y hacemos tangible el misterio, las líneas y los bordes cayendo desde mi ojo hacia fuera como la sangre que pende en el último suspiro del alma que agoniza, la piel es revestida, ecenerizada, el espectáculo de la luz terrestre, indomable sobre mis ojos, y no hay, en realidad, mas que una piel onírica, no real, nunca lo fue, es solo la vestidura de lo surreal, de lo salvaje, del viaje interior, no te dejes llevar por las formas, que al fondo está la verdad, aprende a verla, y descubrirás tus secretos, tu verdad, donde se fermenta ardientemente todas las realidades.

La piel puede ser disuelta por tu misma visión, y capturaras su esencia real, capturaras el lenguaje del mas allá, Aquel que dice, vuela, vuela, vuela, sobre el fango, vuela, vuela, vuela, si puedes huye, pero vuela, vuela, vuela, incansablemente el tiempo que más soportes, vuela más allá de lo infinito, o mejor, de lo que alcances ver, solo vuela que del otro lado, la piel está desnuda, llena de sortilegios. Sólo es la manera como aprendí a decir te amo.

Verónica Cabanillas Samaniego

La vi -momentos antes-, y cuando la vi -de nuevo-, ya estaba aquí, ya estaba dentro, había perpetrado la invasión más inocente, había entrado, con la misma libertad que el aire, por el espacio vacío de la puerta cristalina, estaba ahí como quien recién trepa sobre un escenario, como quien llega para hacer su papel, porque es necesario, como no hay más alternativa, no hay que pensarlo, solo hay que hacerlo, y lo hace lo mejor que puede, sin esfuerzo visible entró en un descuido, un gracioso y muy breve y ajustado triunfo, está para hacer lo suyo en medio de esta obra sin cortinas, aprovechó cuando se aflojó la armadura de la atención y la presencia, a estas alturas de la tarde, ya cansada y lentamente cada vez más pesada, de los que trabajaban, yendo y viniendo, con los pedidos, y que coreografiaban progresivamente de manera más entrecortada la aparición y desaparición del ameno paisaje de los platos y su promesa sabrosa de fantasía. La niña que había entrado, con el único fin de 'importunar a los comensales' tenía alrededor de un minuto para actuar, para ofrecer con la sencillez de su dulzura los caramelos semejantes a un puñado de peces de colores suspendidos en su sueño, muy juntos, en la estrechez algo arrugada de la bolsita plástica. Los que se encontraban ahí, que podían flotar de tan confortablemente sentados, tal era su paz, en su isla ciega de espantosa comodidad no lo dudaron, no se sintieron jamás en instante alguno confusos, inseguros, interrumpidos, incómodos, avergonzados, atravesados de pena, movidos por la compasión, no parecía que sintieran nada en particular (¿acaso no sentían?); no se enfrentaban con ningún dilema de ninguna clase y no mostraron el menor signo o el más leve grado de inquietud y menos de preocupación, todo estaba bien, la niña era una ligera brisa pasajera y una presencia lejana y borrosa a la que ignoraban con perfección, que desaparecería pronto, y dieron, entonces, uno a uno, uno tras otro, o a dúo, o en conjunto, su respuesta, que era una y la misma cada vez, una vez y otra vez; una respuesta calma, automática, ejecutada con la neutralidad de quien pulsa sin mirar un botón preciso cuya ubicación se conoce de memoria -y con una punta casi insensible de elegancia-; incapaces de ser maleducados solo la trataban como si en el fondo no creyeran en la realidad verificable de su existencia, como si le restaran a su presencia el menor atisbo de importancia, como si fuera un principio básico inviolable, antigua y claramente establecido, indiscutible e inapelable, firme en la tierra y pesado como el motor inmóvil de los filósofos, una ley no escrita, un dogma de una maldita religión nueva y triunfante en todas partes, que siguieran invariablemente (como en una escala de voces sordas); ninguno se dio por aludido, ninguno hizo más que negarse con el movimiento más económico, como si no se negara, como si se afirmara al negarse, ni siquiera un ahora no, mejor más tarde, en otro momento u otro día, nadie le dio nada. Pero ni siquiera tradujeron ese gélido gesto del no-gesto en una articulación audible de evaporables palabras.

Mario Castro Cobos

Diatrivia (17 poemas)

Navegaré por las olas civiles
-Ramón López Velarde

la hoja está manchada; quería verla blanca y comenzar de cero pero el cero es
mentira; borrón y cuenta nueva:

la hoja en blanco está manchada, siempre lo estuvo; borrón:

la famosa hoja en blanco está manchada, llega con vergüenza

o no llega; los bosques arrasados llegan:

y el viento levanta las hojas caídas
y el viento afila navajas

es literal que mis amigos duermen
no los veo

es literal que tengo
que acomodarlos entre palabras

para que no se escapen en el sueño

quiero que despierten
quiero que hablen
quiero que derrumben esto que a falta de más luces llamo insomnio

oigo que las comparaciones son odiosas

y es verdad

pero si escarbo en la comparación, debajo del odio,
quizá encuentre una cadena, y con suerte un milagro: su abolición

hay que dejarlo todo

para que sea verdad hay que dejarlo de verdad
el mundo

para que sea verdad cuando lo dices

¿a eso aludía Vallejo cuando escribió me desvinculo?
¿qué mar tenía ante sí que lo obligó a ese corte

radical?

en mi ciudad hay un paseo de la victoria

¿a quién vencimos?
¿quién es el enemigo?

la imagen de mi padre sembrando, inédita

arrancamos por turnos
las raíces
del árbol anterior, removimos
la tierra de la fosa

(naturalmente no le llamo padre
ni árbol ni es imagen
cuanto sucede)

naturalmente respiramos
un poco más aprisa

quemadores de atmósfera

andan por todo el orbe

yo trato de entender pero me embruja
la oleada de puños, el vaivén
de teas cegadas por la ira, iluminadas
por la ira

yo trato de entender

hay mucha agitación en los alientos y todo es combustible

una humareda la ciudad -un animal enorme y ciego
resoplando-

de pequeños incendios, de holocaustos que no han de celebrarse

fuego de hogar le llaman

y fuimos divididos
y fuimos numerados
cifras alegres fuimos en tiempos de bonanza

las campanas al vuelo,
como si esto durara para siempre

(aunque nadie nos dijo de qué se trata esto)

pero los grandes números no mienten, oímos

y el eco de campanas prolongaba la ilusión de un nosotros

un nosotros al vuelo, que la suerte está echada, qué más da
un nosotros al aire

violentados, manguantes, en declive
números:

irremediablemente rojos

ya sé cómo termina:

un mural con un niño, una leyenda
sobre el costado de una biblioteca

la furia creciente del niño

hasta que un día cualquiera tres empleados llegan
y en cuestión de minutos
con sus rodillos
acallan la protesta

queda un muro blanqueado

y la tranquilidad de unos cuantos lectores sumidos en su fábula

*biblioteca Tolentino, Cd. Juárez, 21 y 22 de enero 2014

ciertas tardes de invierno los chamizos ruedan por las calles,
de la mano del viento rebotan

un tejido de espinas son sus puntas secas,

de niño oí crujir ese enredijo al fuego,
duraba poco, mas era suficiente

era un fuego inútil,

una bola de lumbre en el baldío
un crepitar errante
que pronto se extinguía

las cosas van normal,
el tráfico de la avenida o la fila del súper

pero hay una ceniza
igual da si en el aire o en mis ojos:
sé que algo se ha quemado

la gran urbe que emerge en los poemas

no la voy a nombrar, no necesita
más edificios

ni un rincón de basura

hay suficientes ratas y no se irán
ni con el último vagón
del metro

ni aunque una mala fábula me lleve
a sus buhardillas
la nombraré

y seguimos la ronda, abrazados de uno a otro extremo de la oscuridad

resistimos, precarios, en la cuerda floja

hay sentencias que suman varias vidas

jueces que ejercen como si fuera oficio de patriarcas
el suyo

así prolongan al culpable, lo extienden

el juez no estará el día
en que el recluso

purgue su crimen

gran favor le hacen: hallará
un mundo ya sin víctimas
y sin carcelarios

tristes jueces son
estos que imaginan

sentencias que se borran y confunden
con la eternidad

(circa 2011)

en el día de los muertos la embajada de México
y todos sus satélites
se vistieron de fiesta

por fin tuvieron una causa propia
que celebrar

es difícil dormir estos días,
es difícil dormir porque el mensaje se repite en la plaza cuando los demás duermen

el mensaje no suena pero se siente

o se presiente: como una marcha, como una banda, como una desbandada
como grito de salvesequienpueda

se siente en las pisadas,
más en los descalzos, más en la hierba

se siente la yerba debajo del concreto

tiembla la calle
tiemblan los muros,

traduzco: tiembla *wall street*

y el sentido se desmorona, y muros y paredes
se desmoronan,

no se distinguen de los huesos

cubiertos de oro
el sol generoso les suma su brillo

el sol que acorta las horas en otoño

Juan Manuel Portillo

La muerte de Naranja

Naranja nos invita al funeral. El código de vestimenta es formal, de luto, y atrevida. Mi compañera de casa me presta una camisa de nylon, casi transparente, con círculos de terciopelo encima de las tetas. Espero que la diferencia de textura aparezca bien clara sobre el Zoom.

Escribe un programa para el servicio, estructurado como un guión: una obra olvidada de Shakespeare o Sor Juana. La princesa muere joven y vive para siempre. Naranja necesita llorar a Naranja.

Me pide que leya en el servicio: Lady Lazarus por Sylvia Plath. No he leído Plath desde hace años. Pasé un invierno oscuro de mi adolescencia leyendo *The Bell Jar* en un Dunkin Donuts y contemplando el sexo, los mariscos, y la muerte. Nunca leí mucho de su poesía; me asustaba como un espejo. Pero preparo el poema, enfocándome en los sonidos para olvidarme de sus consecuencias.

La noche del entierro, me maquillo por primera vez en un año. Subrayo mis ojos como palabras cruciales. Naranja nos da la bienvenida detrás de su pantalla azul. En el matrix del Zoom, veo mi vida entera, cuadrada y minúscula. Las caras de mis amigos encarcelados por distancia, muerte, y dinero. La pared de mi cuarto, cubierta en imágenes los cuales algún día me costarán el depósito de seguridad. Mi propia cara, pintada. Soy mujer, soy pájaro, soy todo lo que no soy.

Naranja lee la eulogia. Habla de su madre y la muerte de su madre, de la muerte y la madre de la muerte. Habla de los chicos estúpidos que amaba en una adolescencia morada, de los hombres rotos que la orbitan como una galaxia de frutas. Habla del budismo, la biología, y la locura. Lágrimas de hormigas se arrastran de sus enormes ojos. La miro desde mi espejo electrónico, y *yo ya no soy yo*. Soy un fantasma en su cuarto desván.

Me toca leer. *Bright as a Nazi Lampshade*. Soy la única judía en la sala virtual, pero no importa. El sepelio no es mío- hoy, no.

*Morirse
como todo, es un arte
Lo hago muy bien.*

Se acaba el servicio y cantamos. Solo por Frank Ocean. *Un toro y un matador pelean en el cielo*. Naranja está muerta, viva Naranja. Las hormigas, por lo menos, están felices. Vierto mi tercer vaso de vino.

despedida

un cuarto. una vela ansiosa de encenderse aunque nada podrá evitar que se consuma.
una canción en unos oídos resonando como cascadas de hormigas sobre un osario de recuerdos.
un rostro cubierto de manos. no hay mirada ni voz. sólo zanjás de un júbilo perverso.
me desplazo.
el largavista resbala y lo observo caído entre la breve distancia de mis pies descalzos.
me recuesto.
todo está en su sitio. es la misma hora.
si tan sólo hubiera la visita de algo lo suficientemente corpóreo para atentar contra esta nociva
transparencia.
viento.
un cuarto en total oscuridad.
apenas unos dedos colgando de un balcón antes de desprenderse completamente

bajo una amplia tarantela de ávidos gusanos
a un cuarto para las cinco de la tarde
el áspero perfume de la rosa
hundida en mi garganta
la falsa suavidad
de sus pétalos simétricos
el veneno
espeso de su polen

el hipnótico ser y seguir siendo de los pájaros circundando el cielo

un sol
atrapado
entre su ardor
y la majestuosa noción de sí mismo
el amarillo pálido de su lento adiós

*cruza una voz
desnuda de labios y de cuerpo*

un hombre a orillas del mar

minuciosamente
unas gaviotas observan sus despojos
y en cada voraz picotazo
van dando fin
al menudo y mortal escenario de los sueños

el sueño duerme
esta noche
en otra parte

el fuego arde
transparente
en el silencio compacto del hielo

la sangre fluye
sorprendida
de su propio desplazamiento

ayúdame,

reposando bajo la sombra de un árbol
he despertado con un fruto jugoso entre las manos
y mis dedos no pueden sentirlo

de estatuas

salpicada por la garúa vaporosa de una lengua sumergida en el canto
 una muchacha entumece su cuerpo
 y cada gota la golpea
 con la furia involuntaria
 que antecede a un acto suicida

pensativa, con el cuerpo extraviado en la frondosidad de un parque
(ahora desconocido)
 ella, la estatua, se deleita -aunque triste-
 de las hojas que le abofetean y alisan el cuerpo

desde una esquina
 casi ahorcado por las enredaderas de dos madre selvas
 otra estatua la contempla
 atónito, de que todavía,
 en medio de tanto follaje,
 aquella imponga su espigada sombra
 sueña con recostarse haciendo de esta
 su lecho,
 con que un día lo derriben
 y que uno de sus miembros, así, desbaratado,
 perezca al pie de aquella

de tanto desearla
 su rostro ha perdido forma
 su mármol se ha debilitado
 y se le ha caído una mano

¡si tan solo -se dice- pudiera enroscarme
 en ti, álgida y lejana estatua!
 y morir, no importa, despedazado
 formando con las hilachas rasposas de mi túnica
 el halo ebrio que circunda tu cara
 o realzando tu silueta
 entre otras proyectadas
 sobre este suelo burdo y abyecto
 y si alcanza,
 también,
 delinear con ellas
 un pequeño jardín blanco
 donde ambas de tus manos

fueran minúsculos soles
 bajo los cuales mis restos
 indefinidamente
 se calentaran
 ¡si tan solo -prosigue- quien me hizo
 hubiera esculpido también
 la ciudad y las criaturas que pueblan mis sueños
 si alguien se acercara a mí
 y me dijera, como a Lázaro: “ven fuera”!

me pesa saberme vivo
 y no existir
 que me revienten flashes en los ojos
 el no poder acurrucarme
 cada vez que la nieve me abraza
 como si envidiara o estuviera celosa
 de mi casi intacta permanencia
 hay una savia extraña que me recorre
 que se inquieta aún más
 cuando las hojas que tu viento espanta
 vienen y se repliegan contra alguna orilla
 olvidada de mí,
 una sustancia misteriosa
 que transparenta la alegría de intuirte viva
 en un brillo antiguo,
 en una liviandad entera de mi ser
 que me da la ilusión de moverme
 como si hubieran cosido mariposas
 y ciempiés a lo largo de toda mi figura
 entonces la plataforma que me sostiene
 se torna en dulce almohada
 donde estiro mis piernas y brazos pétreos
 donde doy brincos y te avizoro
 desde muy cerca al firmamento

eres ida y sosegada
 como hecha de tímidos copos de hielo
 tienes las manos en forma de balsa
 apuntando hacia mí
 como si yo fuera corriente desmesurada
 en tus pies dormita una corona
 de sabias orquídeas
 cuyo perfume entibia mis músculos tiesos

y hace que broten lágrimas
de mis ojos cóncavos y vanos

ningún huracán, tormenta o azorado temblor
me arrebató nada
mas tú, ninfa inmóvil,
con tu solo estar, desinteresado,
en medio de esta *oscura noche*
en la que los árboles son pajes,
los grillos, orquesta
y la luna, el amor que conmovido nos observa
tú, con ese vestido a medio hacer
que tantas manos anónimas han besado
confundiéndolo con los labios de un amante ingrato
únicamente tú, cual cuchillo filudo,
has penetrado en mis ciegas e incipientes entrañas
y has trazado con pasos sublimes
la sangre que ahora
presiento, me baña,
la sangre que en este preciso instante
siento, tiñe, inclemente,
cada esquina, cada ángulo blanco
de mi capa, escudo y espada

...y en medio de fiebres
me has susurrado:
“Lázaro, anda,
pavimenta tú también
el cauce por donde habrá de galopar
mi conturbada sangre caliza”

Lena Retamoso Urbano